



En los años en que se lucha por la obtención del voto femenino, una de las preocupaciones recurrentes de un grupo de mujeres chilenas es el anhelo pacifista, puesto que el panorama internacional de la primera mitad del siglo se ve convulsionado por dos conflictos bélicos estremecedores: la Primera y Segunda Guerra Mundial. La poeta chilena y Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral, es una de las primera voces femeninas que se alza para condenar la guerra.

LA PALABRA MALDITA

Gabriela Mistral

Después de la carnicería del año 14, la palabra paz saltaba de las bocas con un gozo casi eufórico: se había ido del aire el olor más nauseabundo que se conozca: el de la sangre, sea ella de vacunos, sea de insecto pisoteado o sea la llamada noble sangre del hombre. La humanidad es una gran amnésica y ya olvidó ESO, aunque los muertos cubran hectáreas en el sobre haz de la desgraciada Europa, la que ha dado casi todo y va en camino, si no de renegar, de comprometer cuanto dio. No se trabaja y crea sino en paz; es una verdad de perogrullo, pero que se desvanece apenas la tierra pardea de uniformes y hiede a químicas infernales.

Mantener la "cuerdecilla de la voz"

Cuatro cartas llegaron este mes diciendo casi lo mismo. La primera: "Gabriela, me ha hecho mucho daño un solo artículo, uno solo, que escribí

sobre la paz. Cobré, en momentos, cara sospechosa de agente a sueldo, de hombre alquilado". Le contesto:

-Yo me conozco, ya, amigo mío, eso de la *echada*. Yo también la he sufrido después de veinte años de escribir en un diario (...) y de haber escrito allí por mantener la "cuerdecilla de la voz", que nos une con la tierra en que nacimos y que es el segundo cordón umbilical que nos ata a la Madre. Lo que hacen es crear muchos y por allí desesperados. Una empresa subterránea de sofocación trabaja día a día. Y no sólo el periodismo honrado debe comerse su lengua delatora o consejera; también el que hace libros ha de tirarlos en un rincón como un objeto vergonzoso, si es que el libro no es de mera entretención para los que se aburren, si él se enfrenta a la carnicería fabulosa del Noreste.

Otra carta más: "Ahora hay un tema maldito, señora, es el de la paz. Puede escribirse sobre cualquier asunto vergonzoso, defender el agio, los toros, la fiesta brava que nos exportó la Madre España, y el mercado electoral doblado por la miseria. Pero no se debe escribir sobre la paz: la palabra es corta, pero fulmina o tira de bruces, y hay que apartarse del tema vedado como del cortacircuito eléctrico". Y otra carta aún dice: "No tengo ganas de escribir de nada. La paz del mundo era la *niña de mis ojos*. Ahora es la guerra el único suelo que nos consienten abonar. Ella es, además, el santo y seña del patriotismo. Pero no se apure usted; lo único que quiere el llamado *pueblo bruto* es que lo dejen trabajar en paz para la mujer y los hijos. Tienen ojos y ven los pobres. Sólo que de nada les sirve el ojo claro que les está naciendo, y hay que oírlos cuando los radios buscan calentar la sangre para llevarlos al matadero fenomenal".

Y una última carta: "Desgraciados los que todavía quieren hablar y escribir de ESO. Cuidense del mote que cualquier día cae encima de ustedes. Es un mote que, si no mata, estropea la reputación del llenador de cuartillas y a lo menos marca a fuego. A su amigo ya lo miran con *ojo blanco*, como diría usted". "La palabra paz es vocablo maldito. Usted se acordará de aquello de *Mi paz os dejo, mi paz os doy*. Pero no está de moda Jesucristo, ya NO SE LLEVA. Usted puede llorar. Usted es mujer. Yo no lloro; tengo una vergüenza que me quema la cara. Hemos tenido una *Sociedad de las Naciones* y después unas *Naciones Unidas* para acabar en esta quiebra del hombre". "¿Querrán ESOS, cerrándonos diarios y revistas que hablé-

mos como sonámbulos en los rincones o en las esquinas? Yo suelo sorprenderme diciendo como un desvariado el dato con seis cifras de los muertos". (Ninguno de mis cuatro corresponsales es comunista).

Un recado

Yo tengo poco que agregar a esto. Mandarlo en un *Recado*, eso sí. Está muy bien dicho todo lo anterior; se trata de hombres cultos de clase media, y estas palabras que no llevan el sesgo de las opiniones acomodaticias o ladinas, estas palabras que arden son las que comienzan a volar sobre nuestra América. ¡Basta! -decimos- ¡basta de carnicería! Lúcidos están muchos en el Uruguay fiel, en el Chile realista, en la Costa Rica donde mucho se lee. El *error* se va volviendo *horror*.

Hay palabras que, sofocadas, hablan más, precisamente por el sofoco y el exilio, y la *paz* está saltando hasta de las gentes sordas o distraídas. Porque, al fin y al cabo, los cristianos extraviados de todas las ramas, desde la católica hasta la cuáquera, tienen que acordarse de pronto, como los desvariados, de que la palabra más insistente en los Evangelios es ella precisamente, este vocablo tachado en los periódicos, este vocablo metido en un rincón, este monosílabo que nos está vedado, como si fuera una palabra obscena. Es la palabra por excelencia y la que, repetida, hace presencia en las Escrituras sacras como una obsesión. Hay que seguir voccándola día a día, para que algo del encargo divino salga a flote, aunque sea como un pobre corcho sobre la paganía reinante.

Tengan ustedes coraje, amigos míos. El pacifismo no es la jalea dulzona que algunos creen; el coraje lo pone en nosotros una convicción impetuosa que no puede quedársenos estática. Digámosla cada día en donde estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una *militancia de la paz*, la cual llene el aire denso y sucio y vaya purificándolo. Sigán ustedes nombrándola contra viento y marea, aunque se queden unos tres años sin amigos. El repudio es duro, la soledad suele producir algo así como el zumbido de oídos que se siente bajando a las grutas... o a las catacumbas. ¡No importa, amigos, hay que seguir!

Fuente:

"La palabra maldita". Artículo entregado por su autora al Movimiento Pro Emancipación de la Mujer (MEMCHE) para su publicación. 1945. Tomado de *Crónica del Sufragio Femenino en Chile*. Diamela Eltit. Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). 1994.